



HUMANITAS

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
— 2003 —

1933 - 2003 **UANL70** ANIVERSARIO

Edición 30

POSICIONES METAFÍSICAS ANTE LA MUERTE

Dr. José Antonio Dacal Alonso
Dirección de Humanidades
Universidad La Salle
México

Introducción

La finalidad de este ensayo es referirme de manera muy general a las principales posiciones o doctrinas metafísicas ante la muerte. Estas posiciones son las posturas que a lo largo del tiempo se han elaborado por filósofos o escuelas significativas con las respuestas que han dado a interrogantes relacionados con la muerte del hombre, sea que afirmen que después de la muerte del individuo nada subsiste de él; o por el contrario, afirmen que algo permanece con carácter indestructible en el ser humano no obstante que muere.

Una u otra postura suponen en sus defensores o en sus opositores una previa concepción sobre Dios, el mundo y el hombre. En uno u otro caso se afirma que uno, varios o dos elementos –independientemente de cómo se les conciba– sustentan el ser de eso que llamamos totalidad. Por eso se puede hablar de posiciones metafísicas, puesto que la reflexión va más allá en sus conclusiones de lo que los datos sensibles pueden revelar a la razón.

Lo anterior significa que esos elementos últimos de composición y sustentación de la realidad escapan a una simple demostración sensible o empírica, no obstante la articulan y son reales para el que reflexiona, al tratar de determinar el ser de los hechos.

La metafísica llamada igualmente Ontología o Filosofía Primera como la denominó Aristóteles, se refiere a la esencia o naturaleza profunda tanto del ser como de los entes. También se ha entendido como Ontoteología, es decir, el estudio del ser que es autor o creador del ser: Dios, dejando el término Ontología para referirse al análisis de las propiedades en general de todo ente que participa del ser, como del estudio del ser mismo en cuanto tal. Algunos hablan del ser en general en relación con lo común a todos los seres en su constitución, agregando un análisis de seres más complejos y específicos: Dios, mundo y alma, configurando la Ontología o Metafísica especial, a saber: Teología natural o Teodicea, Cosmología o Filosofía de la naturaleza y Neumatología o Psicología racional, en cuanto estudian a Dios, el mundo y el alma respectivamente.

El hombre es considerado como un ente que en su ser posee dimensión material o carnal igualmente como un ser espiritual que aspira a la inmortalidad, como lo ha señalado el doctor Agustín Basave Fernández Del Valle y esto por ser "teotrópico" y "axiotrópico", es decir orientado hacia Dios y los valores, por lo que es distinto a otros seres, buscando una vinculación de su persona hacia Dios. Por esto, la Filosofía es una sabiduría que se entiende como propedéutica de la salvación, en la medida que el hombre no es un ser exclusivamente natural.

La filosofía es un conocimiento eminentemente metafísico, pudiendo señalar de manera muy breve que la metafísica dominante en la antigüedad fue de tipo substancialista, significando esto que a pesar de los múltiples cambios de la realidad existe algo que permanece: la substancia. Por eso se llama ontología.

La metafísica moderna buscó explicar las relaciones entre los seres enfatizando el lado epistemológico e introduciendo límites al propio conocimiento humano del ser.

La metafísica contemporánea centró su análisis en la búsqueda del sentido del ser basándose en el orden moral con todo lo que

esto implica en los ámbitos sociales, políticos, jurídicos e históricos, pretendiendo comprender e interpretar el ser de lo humano de manera no solo más inmanente sino particularmente en la dimensión ética.

Los tres tipos de metafísica coexisten en medio de enormes cambios y pretenden alguna reconciliación a través de lo que el filósofo mexicano Mauricio Beuchot llama *hermenéutica-analógica*.

Por último, en el trabajo se pretende revisar las tres grandes posiciones metafísicas ante la muerte: el monismo, el pluralismo y el dualismo.

Posiciones metafísicas ante la muerte.

La necesidad y universalidad de la muerte, ha provocado en las sociedades humanas distintas respuestas, no solamente para los efectos de aflicción, duelo y restablecimiento de la regularidad de la vida ordinaria alterada por la muerte; también de manera particular para otorgar un sentido a la vida de cada persona.

Estas respuestas ante la muerte tienen contenidos diferentes desde los ángulos social, religioso, histórico, psicológico y filosófico; al que de manera general nos vamos a referir.

La respuesta o la actitud de los seres humanos no es solamente en el plano de la vida social, sino en el ámbito del más allá, el lado *post-mortem* o posterior como oportunamente analizaremos. En este sentido es una constante universal admitir alguna forma de vida o sobrevivencia ulterior de la persona, salvo excepciones. Algún tipo de inmortalidad se indica en el fondo de la mayoría de las creencias o doctrinas con relación a la persona después de su muerte. En otras palabras, con la muerte no termina completamente el hombre, aunque sufra cambios o modificaciones.

Sobrevivir o sobreexistir después de la muerte, es resultado de una creencia o fe de tipo religioso, o producto de una argumentación. En uno y otro caso subyace una concepción del hombre, el mundo y lo divino que impulsa a dar una respuesta al hecho de lo que parece ser un final total en la existencia humana.

Con relación a este asunto se presentan una cantidad enorme de respuestas que van desde los mitos originarios, pasando por las creencias populares y religiosas, las opiniones científicas hasta

llegar a las doctrinas filosóficas y teológicas. Lo anterior se ilustra en lo que pudiéramos llamar la *Historia de las Ideas Sobre la Muerte* a lo largo del tiempo y el espacio. Historia que abarcaría por igual los testimonios orales como los escritos, tanto del mundo Oriental como Occidental, lo mismo desde los pueblos más atrasados como de las naciones más cultas y civilizadas.

Un estudio comparativo que analizara los factores históricos, metafísicos y religiosos de las diferentes civilizaciones y su respuesta ante la muerte y concretamente sobre una posible supervivencia del hombre, está en buena medida por hacerse y sería sumamente útil, máxime, si en tal estudio el contenido lingüístico y conceptual que subyace en la creencia o respuesta pudiera ser mostrado en todos sus alcances.

Ante la masa ingente de información, su poca sistematización y el fin didáctico que inspira el trabajo pretendemos sintetizar el tema poniendo énfasis en el aspecto filosófico, concretamente de la cultura occidental, lo que de entrada supone el legado judeo-cristiano y la cultura greco-latina y su posterior desarrollo, lo que no cancela referencias a otros ámbitos y menos significa un desprecio o infravaloración de otras formas de cultura en torno a la muerte.

Toda respuesta ante la muerte como ya dijimos supone una concepción de Dios, mundo y hombre, y esto a su vez descansa en una base o contenido metafísico más o menos explícito. El contenido metafísico es resultado de una especulación que aspira a conocer los principios, naturaleza última de la total realidad, esto es, el qué, cómo, por qué y para qué de la total realidad. La filosofía como metafísica, reflexiona sobre el ser de la realidad pretendiendo descubrir la esencia de las cosas, sus principios y causas primeras e incluso el sentido final de las mismas. Los problemas filosóficos permanecen aunque las soluciones varíen.

A continuación analicemos brevemente las principales doctrinas metafísicas en relación con la muerte.

El monismo

La realidad es considerada en su conjunto en cuanto a su origen (¿por qué?), su naturaleza (¿qué?), su manera de actuar (¿cómo?) y hacia dónde va o su fin (¿para qué?); como resultado

de un solo elemento sea material o espiritual. Esto supone *identidad, unidad o igualdad* más o menos diferenciadas. Este principio o elemento originario o constitutivo como única sustancia está presente en diferentes contenidos más o menos diferenciados o excluyendo el lado divino de la totalidad o realidad (divinidad, naturaleza y hombre).

Ese principio único (por eso se le llama monismo) puede ser de tipo *espiritual* o *material*; identificarse con el *alma* universal (Atman) entre los hindúes; el *vacío* (Nirvana) entre los budistas si es de carácter espiritual; o el *agua* o *hidros* en Tales de Mileto, el *apeiron* (lo indeterminado) de Anaximandro, el *neuma* (aire, aliento o soplo) de Anaxímenes, los *átomos* (lo indivisible) en Demócrito, *limo* (tierra) en Jenófanes, si posee más un carácter material. Todas las cosas derivan de un elemento material, que entre los filósofos presocráticos apunta a un contenido metafísico y de la naturaleza (*fisis*) de todo cuanto existe. También se le llama *Naturalismo*.

Heráclito habla de un *Logos* o *Razón Universal y eterna* que preside los cambios. Parménides del Ser *estático*. Los pitagóricos del *número* como esencia de todo lo real. Plotino del *Uno*, Platón de la *Idea Absoluta*, aunque aquí caben matices doctrinales entre los autores.

En la época moderna Spinoza parte de una *única sustancia: Dios*. Se trata de un monismo espiritual, visto en la identidad que busca la diferencia y que alcanza su culminación en el propio Hegel y su tesis del Espíritu Absoluto con antecedentes en Fichte y Schelling.

Marx y Engels y con ellos todos sus seguidores sostienen un monismo material o de la naturaleza, si bien no niegan las actividades espirituales o de la conciencia, como epifenómeno de aquella.

De alguna manera al monismo se pueden referir otras posiciones antimetafísicas por declaración, no por sus conclusiones. Tal es el caso del *voluntarismo* de Schopenhauer; del *vitalismo* de Nietzsche; el *evolucionismo* de Spencer; algunos tipos de *positivismo*; el *existencialismo* de Sartre y Camus, el *psicoanálisis* de Freud y Jung, si bien, el énfasis esté puesto en el psiquismo de la *vida* como en Bergson, hasta llegar al *estructuralismo*, donde la realidad es vista como *forma* o *estructura*, cuya naturaleza es lógica

y en alguna manera espiritual, histórica y material; o en el mejor caso, resultado de una combinación de ambos aspectos como en el *empírio-criticismo* de Avenarius y Mach, el *historicismo* de G. Dilthey, para quien la realidad es resultado de una esencia espiritual objetivada en el devenir histórico.

Un monismo especial es el de tipo gnoseológico propio del *neopositivismo* y la *filosofía analítica* actuales, para los cuales la realidad solo se determina a partir del conocimiento bajo estrictos criterios de *corroboración* o *verificación*, que no suelen exceder los límites empíricos y cuyo trasfondo permanece indeterminado, sea con inclinación a un concepto de tipo espiritual o esencial lógico, o de naturaleza material y fenoménica (materia).

Para entender implícita o explícitamente las creencias de las doctrinas argumentativas sobre la muerte, desde la perspectiva monista es indispensable tener presentes estos elementos del trasfondo último o metafísico de la total-realidad o totalidad.

En la imposibilidad de exponer los textos particulares de cada autor, es conveniente referir sintéticamente y en resumen las conclusiones legítimas del monismo y algunas de sus modalidades.

En todas las posiciones monistas, salvo excepciones, no existen los conceptos de *nacer* y *morir* estrictamente, sino más bien un *aparecer* y un *desaparecer* como *fenómenos accidentales* y *transitorios*, puesto que lo eterno y esencial es aquel principio, origen, manera de ser que actúa con o sin un fin. Lo que *es* o *existe* es el principio originario y final y todo lo demás son sus *manifestaciones* singulares que se pierden como tales, más no como universales o esenciales. Lo particular no cuenta, sino, lo general. En todo caso lo importante es el *proceso* que se puede repetir: *Eterno Retorno*, es decir, pérdida o fuga hacia la *nada*, o el no-ser. De tal manera que no será extraño concluir que el ser y la nada se identifiquen, sea porque la unidad originaria no es más que imagen sin fondo —ciertos tipos de misticismo oriental— lo que resulta contradictorio, o porque todo es contingente, irracional, relativo, caduco, limitado, fugaz, aunque tenga su origen en una fuente eterna y cambiante y como tal, no deriva de ella un ser propiamente, sino aproximaciones, pues, el verdadero ser es lo fundante y originario. Lo contingente no es ser o ente lo que de alguna manera desemboca en la nada.

La doctrina hinduista sobre la totalidad, es entendida como una realidad trinitaria (Brahma, Vishnu, y Shiva). De ella se origina el mundo y la vida, en una especie de emanación. Este proceso o rueda de la vida *sansara*, comprende el desarrollo en el tiempo del mundo y el hombre como parte de lo eterno, aunque el número de posibilidades sea finito e imposible de captar por el individuo. La tesis medular de esta doctrina es que los seres de todo tipo —particularmente los vivos— se han desprendido desde el centro de la totalidad o *Uno*, *Atman* o *Alma* en una especie de caída hacia el mundo del *Karma* (proceso de la vida); en el cual es necesario vencer muchos obstáculos (*vitarkas*) para reintegrarse al alma universal mediante caminos diversos como el yoga y sus modalidades, y las otras escuelas de conocimiento: Hinduismo, el Nyaya, Vaisesika, Sankhya, Purva Mimansa.

El desprenderse del centro (*Atman*) es inevitable, lo que puede evitarse es no degradarse totalmente hacia formas inferiores por parte del ser racional. En otras palabras, si el hombre es inteligente y reconoce esa verdad, debe intentar volver al centro, conservando cierta identidad consigo y con la totalidad. Así la vida y la muerte tienen el sentido de volver al hombre a su dimensión originaria o plena reintegración a la vida eterna.

Si el hombre no es bueno no puede regresar al alma universal. Esto implica una *transmigración de las almas* o *Samsara* (metempsicosis) de una forma inferior a superior y viceversa, según la conducta en la vida temporal o mundana. No solamente se transforma o modifica el alma, sino el cuerpo y este también se eleva o degrada como complemento del alma, según el bien o el mal que haya realizado. De aquí, su transformación a lo largo del tiempo y la totalidad, para alcanzar la liberación o *moksha*. El reintegrarse al *Atman* universal no es un proceso sencillo, de allí las continuas reencarnaciones, regeneraciones y renacimientos del individuo humano dentro del proceso universal de la vida.

Tratándose del budismo, la otra gran corriente del pensamiento hindú, este no parte de un principio universal y considera que el hombre en parte no puede dejar de ser, ni con la muerte y debe evitar caer en esa rueda de la vida o *Karma*. Debe buscar dejar de ser, perder su entidad, llegar a una especie de nihilidad o vaciedad, estado de *Nirvana*, que es el fin de la vida y de la muerte. Perder cierta entidad de ser, para alcanzar la

plenitud del estado de Nirvana. Esta concepción de pérdida de identidad o disminuirla al máximo es muy discutida por los budistas mismos.

Los presocráticos griegos solían preguntarse no tanto qué son las cosas, sino de dónde proceden, de qué están hechas y cómo se hacen. A esto le llamaban el *primer principio*.

De conformidad con ese principio, si este es espiritual en su origen, significará que los seres singulares contienen un principio o elemento igual al de su origen, que permanecerá a pesar de los cambios y la muerte. Se trata de una especie de inmortalidad impersonal (sin conciencia), es decir abstracta, la otra parte material o física –según los casos– permanece también sin conciencia y se reintegra al *reservorio natural* como el principio anímico en el *reservorio espiritual*. Para estos pensadores estrictamente no se nace ni se muere, los elementos se mezclan y separan en cada uno de los seres y más que de nacimiento y muerte, se trata de *mezclas y separaciones*.

En el caso de Heráclito su monismo conlleva la oposición y lucha de contrarios amor-odio, guerra-paz, movimiento-reposo, vida-muerte. Tales oposiciones se resuelven a través del único elemento eterno que es la *Razón* o *Logos*, que preside y ordena el cambio, de tal suerte que, no existe propiamente nacer ni morir, en todo caso cambio, lo que en el fondo remite a un principio último de tipo espiritual, y la *subsistencia* del ser es de carácter espiritual. Lo que realmente vive es el *Logos*, lo universal del ser y no el cambio que es lo singular del ser, aunque este sea propiamente lo permanente como fenómeno.

Parménides estima que lo permanente es el ser, lo inmóvil y no el cambio que es el no-ser. En Heráclito es el movimiento o cambio como tal el que permanece; en Parménides, lo que subyace no es el cambio, pues no es la *razón universal*, o el verdadero ser. La muerte no es entonces más que apariencia, cambio, movimiento, un fenómeno, que no es el ser. En Heráclito el cambio –la muerte– es una forma de ser. Solo se comprende por el *Logos* que explica los opuestos como necesidad de expresión del *Logos* mismo. En todo caso, cambio y permanencia implican contradicciones que tratarán de resolver Platón y Aristóteles.

Para los pitagóricos la esencia de la totalidad, es el *número* y la alteración del número –por el cambio– los lleva a pensar y admitir una *transmigración* de las almas y por ende afirmar una parte inmortal de los seres vivos, incluyendo al hombre.

El monismo de Platón, que de alguna manera recoge tradiciones orientales concibe el alma humana, como una realidad *preexistente* que se une a un cuerpo, en una especie de prisión o encarcelamiento. Esta alma, por su naturaleza es inmortal y con la muerte alcanza su liberación y retorna a la plenitud de su ser.

En el caso de Spinoza, solo Dios es eterno, más allá del tiempo y el espacio, aunque estos formen parte de él, incluyendo al hombre. En ese sentido no es correcto hablar de inmortalidad, en todo caso, la mente humana (*mens humana*) es una parte del intelecto infinito de Dios (corolario de la proposición XI, segunda parte), solo Dios es propiamente inmortal.

La *natura naturata* o sustancia eterna e infinita, es la que vive y permanece desde siempre; la *natura naturans* (naturaleza-mundo y hombre) es la que está en los cuerpos y posee *atributos*, es decir, constituye parte de la *Esencia Divina* con sus *modos* que son una afección o modificación de esa sustancia. En todo caso algo del *atributo* (intelectual y divino) es lo que permanece como inmortal. En otras palabras, la parte divina, intelectual o mental es la que permanece o es inmortal en el hombre como *atributo* y no como *afección, modo* o singularidad. No permanece la unidad individuo o sujeto humano en la muerte, en todo caso lo que permanece es algo igual o similar al intelecto divino, una especie de inmortalidad *abstracta* y *sin conciencia*.

En el fondo y en la misma línea han expresado los pensadores del Idealismo Alemán, en particular, Fichte, Schelling y Hegel; si bien cada uno a su modo, intenta recuperar un poco más al singular (individuo o persona) sin lograrlo dentro de sus impresionantes esquemas filosóficos, por lo que solo Dios es propiamente eterno e inmortal. Por lo que se refiere al hombre, no se pronuncian con claridad respecto a su inmortalidad, y se infiere que es un ser completamente mortal.

En estas filosofías lo que cuenta es el Espíritu, lo universal, infinito y abstracto; uno de cuyos aspectos o momentos será la

persona. Dentro del proceso racional del Espíritu: *la acción* (Fichte), *el Uno* (Schelling), *Dios* (Hegel); la muerte del individuo incluyendo la persona, no tiene relevancia, es parte de la totalidad o infinito. Ni siquiera se plantean en el ámbito concreto la muerte, y esto es en parte explicable y lógico dentro del punto de partida. Implícitamente habrá una inmortalidad impersonal, abstracta y universal en la medida que el sujeto es parte del todo, llámese *Espíritu* o *Saber absoluto* como en Hegel, *Yo Trascendental* en Fichte y Schelling, pero en los tres el singular –persona– no es inmortal, sólo el Espíritu.

El monismo naturalista de Marx y Engels, y continuadores, estima que la realidad última es la materia o naturaleza, y que en todo caso la vida espiritual o anímica es resultado de un alto grado de la evolución de la materia. La muerte del individuo no será más que el regreso al principio único y eterno de la materia, sin conciencia. No habrá en consecuencia por qué desesperarse o anhelar una vida inmortal o una prolongación de ésta en otra, ya que no existe. La novedad de este monismo materialista con respecto a otros del pasado, es que la muerte es un límite, una *dispersión, destrucción o disolución* que es necesario aceptar. Sin embargo, antes de que suceda, el individuo humano en su vida social deberá realizar su mejor esfuerzo para una vida más plena, libre y justa, que libere al hombre individual y social, sin preocuparse de ulteriores realidades o aspectos que no son accesibles al horizonte humano.

En el caso del voluntarismo de Schopenhauer, el principio de la realidad última es una *Voluntad* general o universal, que es esencia eterna. Es ciega, absurda, si bien, en el ámbito de fenómeno conlleva regularidad, orden y cierta racionalidad. Es eterna la Voluntad y produce como fenómeno la vida y la voluntad de vivir. Lo que permanece, es la especie y no el sujeto. La vida humana da la oportunidad de saber que antes es el *querer* y después la *nada*. La muerte no existe propiamente. De poco sirve el suicidio puesto que con él se destruye el sujeto –el fenómeno– y no la esencia o Voluntad de vivir, que es eterna e indestructible en su ciega e irracional manifestación.

La vida como la muerte son aspectos absurdos, sin sentido, sin significado o razón, de la única realidad que es la voluntad. Se intenta huir de esta triste y pesimista verdad por la vía del arte, la

ética o compasión y la mística por parte del sujeto o persona que se representa el mundo. Ninguna de las dos existe propiamente, incluyendo la muerte como la vida. La vida es la posibilidad de saber algo de la voluntad, está en medio de un antes y de un después que equivale para el individuo a la nada.

Para los vitalistas como Nietzsche, la única realidad es la *Vida*. Lo importante para el hombre será despojarse de sus tendencias metafísicas e intelectualista para llegar al *Superhombre*, a fin de lograr cada día crear nuevos valores o formas que acrecienten la Vida (*transvaloración o mutación de valores*), con el objetivo de que en la realización de todas las posibilidades de la vida –que es cuantitativa y finita, en unión del tiempo que es cualitativo y distinto al mundo, por ser infinito– se produzca el *Eterno Retorno*, que puede entenderse de manera general o aproximada, o bien, singular, concreta y exacta de repetición; es decir, el número de combinaciones posibles de la vida en el mundo son finitas y limitadas, pero como se produce en el tiempo y este es infinito, cabe el Eterno Retorno de lo que es, ha sido y será. Ahora bien, el Eterno Retorno se puede entender como una repetición semejante –primera interpretación– no igual; o por el contrario, como una repetición igual y exacta –segunda interpretación– de la teoría del Eterno Retorno.

La muerte dentro de esta concepción, es un límite a la posibilidad de crear nuevos valores que afirmen la vida, para que en el ciclo del Eterno Retorno ésta sea más plena, ya que es lo único que existe propiamente. El individuo muere –como cuerpo a eso se reduce– y si posee algún tipo de inmortalidad, es la que la vida le otorga en el Eterno Retorno. En todo caso la vida es la eterna, pero no el singular o individual. “Dios ha muerto”, piensa Nietzsche y en su lugar pone la Vida como realidad suprema.

El monismo psicoanalítico, estima que la única realidad es la vida psíquica dirigida por fuerzas biológicas, instintivas y culturales. El *Principio de Vida* y el *Principio de Muerte* en Freud, se completan con el *Principio de Realidad* (social y cultural). Frente a la vida se alza la muerte entendida como reposo, descanso, indeterminación o destrucción, cuya potencia no sólo se expresa biológicamente –muerte propiamente–; sino como autodestrucción o enfermedad, que impide todo equilibrio o

disfrute al individuo, —como después se ha dicho—, de toda gratificación.

Las tendencias autodestructivas y agresivas: el *tanatos* o muerte, según Freud, se imponen en detrimento de la vida. Aquí no cabe plantearse ningún sentido de la muerte, la que definitivamente es un mal. Lo que debemos asegurar, es una vida plena y grata, en todos los órdenes superando diversos obstáculos que la cultura nos impone en nombre de la realidad. Con la vida se liga primordialmente la vida sexual y de los sueños. El placer es la única compensación dentro de la vida cultural. Sus seguidores en nombre de otros principios como el *inconsciente* (Jung), el *afán de poder* (Adler), la *cultura* (Sullivan, Horney), la *sociedad* (Fromm), concluyen en un monismo moderado. La muerte, por lo regular, es eludida como realidad postrera o definitiva del hombre. En todo caso se verá como una tendencia o *pulsión*, que dentro del principio *económico*, responde a un mayor o menor estado de placer o salud mental. El hombre es considerado en esta concepción como resultado del desarrollo biológico, histórico y social; e incluso definido como conciencia o *psiquismo*, sin ulteriores finalidades posteriores a la muerte, las únicas finalidades son de carácter histórico-social o inmanentes. Importa entonces el equilibrio físico-mental, mediante una serie de gratificaciones cuyo fundamento se encuentra en una conciliación del individuo y los intereses de la sociedad.

La muerte no cuenta para el monismo vitalista de H. Bergson, para quien la realidad primaria, es la vida que no se rige por un principio mecánico ni de fin, sino en todo caso, por uno de carácter indeterminado y espontáneo, siempre cambiante y eterno llamado: *Elan Vital*.

En la concepción monista de naturaleza histórica, como en G. Dilthey, existe una realidad de estructura espiritual, libre e indeterminada que orienta el quehacer del hombre en el tiempo y el espacio. El sujeto individual no cuenta, lo que vale es el espíritu mismo que se objetiva en la exterioridad. La muerte es en todo caso medio para que el espíritu se manifieste, más como especie que proseguirá objetivándose en la cultura histórica en tiempo y espacio, que como expresión de un espíritu individual, aunque éste ayude a expresar el espíritu objetivo.

En el racio-vitalismo de Ortega y Gasset, lo que cuenta, es el sentido de la vida y no de la muerte. A Ortega y Gasset, le interesa la vida histórica como cultura en la sociedad y no la muerte.

El monismo de inspiración *existencial*, pone énfasis o privilegia la existencia individual, sobre la cual elabora una ontología para combatir los efectos de los anteriores monismos, que tienden a desconocer al sujeto.

El existencialismo llamado ateo, en el fondo parte de un monismo de tipo parmenidiano. El ser —categoría vacía— se hace pleno con su correlato la existencia. No existe el creador de un principio o causa, más allá del ser, en consecuencia la existencia es lo único real. Esta existencia se expresa en el caso del ser humano por la libertad, por la elección que no tiene otro fin o destino que ella misma, fuera de ella no hay un sentido. No obstante, la muerte es un límite al proyecto de existencia personal o individual. La muerte se puede elegir, pero en todo caso es acontecimiento que destruye el proyecto existencial, y fuera de este no se da otra realidad ni otro tipo de vida o existencia.

En Sartre, la clave es la libertad. En Camus, la realidad es *absurda* al no existir Dios, en consecuencia no queda otra respuesta que la *rebelión* ante la muerte, puesto que el *suicidio* —que no admite— es el primer gran problema filosófico. El hombre rebelde no se entrega ni al suicidio, ni a la desesperación a pesar del absurdo de la vida, sino a la *rebeldía* para crear un mundo mejor, más justo y bello. Antes de morir el hombre debe intentar un mundo mejor.

El monismo estructuralista, explícitamente no posee una teoría sobre el sentido de la muerte. Foucault dice que después de la muerte de Dios, se presenta la muerte del hombre, en cuanto que éste se disuelve en puras estructuras, no sólo lógicas, sino históricas o de génesis. Aquí la muerte no se ve más que como acontecimiento fáctico, sin sentido, tanto en su carácter universal como individual. En todo caso, no se aborda el asunto directamente por parte de los estructuralistas.

Finalmente el monismo de tipo *neopositivista* y el *análisis filosófico*, no se ocupan por lo general del tema de la muerte, y cuando lo hacen ponen en tela de juicio el sentido o significado de las categorías alusivas a la muerte —aspecto válido y encomiable— pero no ajeno a prejuicios con relación a los

principios últimos, inclinándose a un materialismo implícito, cuando no agresivo y mutilador del hombre. Por lo general, la muerte no tiene sentido, ni significa y es un hecho más del mundo sin trascendencia.

La actual filosofía analítica, se dirige en algunas de sus reflexiones a incorporar el problema de la muerte en los estudios que dedica a temas como: mente-cerebro, identidad y lenguaje privado, conducta y libertad, norma ética y deber.

El Pluralismo

En esta postura al contrario de la anterior, se concibe la realidad última como constituida o integrada por múltiples elementos de naturaleza diversa. Ejemplo de lo anterior es el griego Empédocles, no exento de una tendencia ecléctica —entre monismo y dualismo—, quien señala como elementos últimos de lo real: agua, tierra, fuego, aire, que se rigen por el amor y el odio; la disgregación, la discordia y finalmente por la unión y el amor. No existe propiamente nacimiento y muerte, sino mezcla o separación de elementos incluyendo en esta concepción, tanto al mundo como al hombre.

Anaxágoras afirma que, la realidad última se constituye por las *homeomerías* o elementos diversos, múltiples para cada especie. Las cosas se producen por *agrupación* y se destruyen o mueren por *disgregación*. Todo está en todo, piensa Anaxágoras. De la nada, nada sale.

Las cosas no aumentan ni disminuyen. Nada hay igual a otro. La mente cósmica ha ordenado todo de esa forma. El aparecer como el desaparecer, el acercamiento o separación de los elementos constituyen lo real.

El *gnosticismo* como forma de pensamiento de la etapa helenística, apareció en los primeros siglos de nuestra era al contacto del cristianismo. Es una etapa filosóficamente confusa como consecuencia de un mundo en transición, en donde confluían las aportaciones de la cultura judeo-cristiana, la griega, la romana y otras de aquel tiempo, en particular del mundo mediterráneo.

El gnosticismo distinguirá por un lado un *Dios trascendente* fuera del mundo; el *Mundo de las Ideas*, como paradigma, modelo de todas las cosas y el *Mundo Sensible*.

El Dios trascendente es perfecto, infinito, incognoscible, en absoluta tranquilidad y casi inactivo. Entre este y el mundo, se colocan una serie de seres intermedios por emanación descendiente que se escalonan por medio de *eones* (corresponde a las Ideas de Platón y al Logos Cristiano). El mundo sensible, es la materia por naturaleza mala. El hombre es resultado de dos elementos uno malo que es la materia y otro bueno que es el espíritu, el neuma o el alma. Esta última, es la parte inmortal. La inmortalidad se gana moralmente, por vía ascética, mística o por la fe (*pistis*), junto con el *conocimiento* (*gnosis*), y la sabiduría (*sophia*); inaccesibles a la mayoría. En la muerte —si se alcanza el último estadio o *gnosis*—, permitirá que el elemento bueno se salve, mientras que el malo o la materia perezca.

El gnosticismo como doctrina, mezcló errores y aciertos. Se presenta en buena parte como un delirio metafísico, un sueño, una dogmática afirmación, ecléctica, frecuentemente sin crítica cuyos influjos negativos —dualísticos— en el mejor de los casos, frecuentemente pluralistas, ocasionaron muchos errores en la religión, la moral y la vida de Occidente durante siglos.

El último gran pluralista es G.F. Leibniz, para quien la realidad esta constituida por *mónadas*, *puntos* o *nociones* metafísicas, que conforman realidad última y las agrupa en una serie que comprende desde las inorgánicas que llama imágenes, pasando por las mónadas de los vegetales, los animales, los racionales, los espíritus y la mónada de mónadas o Divina llamada: Dios. La muerte sólo afecta a los seres orgánicos, sensibles y racionales, sólo la mónada divina es inmortal e indestructible. Los seres espirituales, son inmortales desde su creación. El hombre aspira a la inmortalidad por su elemento espiritual.

El pluralismo como posición metafísica, tiene algunos representantes en las figuras de G. Santayana, y A. Northwhitehead y en alguna concepción de inspiración científica. Sin embargo, no tiene la fuerza de otras doctrinas de tipo monista o dualista en el campo de la filosofía. En el pluralismo con la muerte se reintegran a la materia y sus modalidades una serie de

componentes del hombre, y los de tipo espiritual tienden a permanecer aunque sea de forma abstracta e impersonal, en una dimensión ideal o intemporal.

El dualismo

Esta concepción metafísica considera que la realidad última está constituida por dos principios o elementos distintos entre sí: el sensible o material y el intelectual o espiritual.

Salvo excepciones desde sus primeras expresiones y desarrollos, el dualismo afirma la existencia de Dios, como un ser puramente espiritual. Dentro de esta concepción caben dos modalidades básicamente. La primera consiste en concebir esas dos sustancias: materia y espíritu coexistiendo desde la eternidad. Es el caso en parte de Aristóteles o como la conciben los neo-idealistas modernos: Croce, Gentile, o bien objetivistas realistas a la manera de Nicolai Hartmann. En ocasiones se presentan como teístas o ateos, con lo cual ya se acercan a ciertas representaciones monistas estos dualismos metafísicos. La segunda modalidad es la más nutridamente representada. Admiten un Ser puro espíritu que es Dios, el cual crea la materia o naturaleza y el espíritu; este último, cuando es racional a imagen y semejanza de su autor, es el hombre. La mayoría de los filósofos de inspiración cristiana se incluyen en este grupo.

En la antigüedad se presenta el dualismo en la filosofía de Sócrates, quien concibe al hombre con un alma inmortal que es la única que lo lleva a la verdad, a diferencia del cuerpo que lo arrastra a formas inferiores de vida.

Aristóteles elabora un completo sistema dualista de gran influencia al correr de los siglos. Distingue en el hombre la parte sensible y la parte intelectual, o dicho de otro modo, hay una sustancia simple, que equivale a lo inmóvil, incorruptible, al Acto Puro o Dios; otra la sustancia compuesta, donde pueden estar las celestes, que son inmutables, eternas ingenerables e incorruptibles, también sensibles y móviles; las sustancias compuestas terrestres no vivientes y vivientes como plantas, animales y el hombre. Estos últimos poseen alma aunque de distinta naturaleza.

Con la muerte se separa el principio vital, y solo la parte intelectual del alma es inmortal o al menos elevadamente

espiritual, ya que Aristóteles duda de la completa inmortalidad del alma y mucho menos dice algo sobre la suerte del alma en el más allá o que sostenga la inmortalidad personal. Su pensamiento se muestra al respecto poco claro.

El dualismo estuvo presente en toda la filosofía patristica, hasta llegar a San Agustín y en casi todos los filósofos de la Edad Media, especialmente en su exponente máximo Sto. Tomás de Aquino.

El hombre, en efecto, es una sustancia compuesta de cuerpo y alma. Existen dos mundos: el sensible y el espiritual. El hombre es un ser sensible y espiritual. Con la muerte se separan ambos elementos, ya que el alma es la forma sustancial del cuerpo. Esta última, permanece por cuanto es simple e incorruptible, esperando unirse al cuerpo en la Resurrección al final de los tiempos o en la consumación de la historia, conforme al dato de la fe revelada para los cristianos.

En los filósofos árabes, en especial Avicena y Averroes, también se da un dualismo. Con la muerte permanece el contenido espiritual que define al hombre, concretamente lo que se llama el *Entendimiento Agente*, que es eterno y que de alguna manera *asiste* a su similar que porta el hombre. Con la muerte cesan las funciones de la imaginación y del Entendimiento Agente al perderse la conciencia individual o *Entendimiento Pasivo*.

Descartes, padre de la Filosofía Moderna, tiene una concepción dualista sobre la realidad. Una sustancia es la *res cogitans* (el pensamiento o el espíritu) y otra la *res extensa* (la cantidad o el mundo). Es importante aclarar que ambas sustancias han sido creadas por Dios, si bien la *res cogitans* posee atributos y características en el hombre, similares a la *res cogitans* absoluta. En el hombre es distinta, limitada y no se confunde con Dios.

Se unen en el hombre dos sustancias distintas y heterogéneas que la muerte separa. Una por su naturaleza (el pensamiento) es incorruptible y la otra la extensa o corporal (que es corruptible). El dualismo cartesiano implícitamente, nace de una concepción cristiana que frente a la muerte no sólo enuncia una respuesta de tipo racional, sino de tipo religioso con base en la fe y por eso admite la Resurrección.

En el fondo Descartes distingue entre la *res cogitans* (Dios) infinita, y la *res cogitans* finita participada al hombre y la *res*

extensa propia de la naturaleza, pero que de alguna manera también el hombre posee en su cuerpo.

Nicolás de Malebranche, contemporáneo de Descartes presentará un dualismo de inspiración cristiana, en el cual se tratan de conciliar los resultados de la razón —en aquella etapa histórica— y los datos de la fe. Ciertamente que Malebranche con su acentuado *ontologismo* y su tesis del *ocasionalismo*, parece poner demasiado énfasis en la razón. La muerte es la separación de ambas sustancias (pensamiento y extensión) y sólo sobrevive el alma. Posteriormente con la Resurrección del hombre completo (cuerpo y alma) se consuma la plenitud de la persona.

Blas Pascal, a pesar de moderar las pretensiones de la razón, y en su lugar elevar el sentimiento como definidor de la existencia humana, posee una concepción dualista del hombre, si bien la inteligencia humana no alcanza a penetrar y develar los misterios, por eso la importancia de la “*lógica del corazón*” en el destino humano, que se ahonda con la muerte. Ante el hecho de morir, no opera la lógica de la ciencia, sino del sentimiento.

Para Pascal, en medio de contradicciones y “paradojas” el hombre debe esforzarse por llegar a Dios y obtener su gracia, independientemente de que exista o no la otra vida. Es el famoso argumento pascaliano de la “apuesta”. Debo ser bueno porque si hay otra vida, todo lo gano y si no existe, nada pierdo.

Dualistas serán los empiristas como J. Locke y D. Hume, quienes ante el destino último a raíz de la muerte, más bien adoptan una postura escéptica, cuando no agnóstica, en el sentido de que la razón y los sentidos —ambos constitutivos del hombre— nada pueden decir sobre la muerte y el fin del hombre.

Como en el caso de T. Hobbes, estos autores, privilegian en el nivel del conocimiento, los sentidos como fuentes primarias y de alguna manera introducen una autolimitación a la inteligencia, en cuanto a la extensión de esas fuentes del saber en torno a cualquier problema metafísico, físico, social, psicológico e histórico. Con ellos y los ilustrados, se acentúan los rasgos del pensamiento Moderno científico, industrial, urbano, tecnológico, ideológico, económico y social en la manera de ver y actuar en el mundo. La muerte se subsume en esas concepciones y no puede recibir tratamiento estrictamente filosófico, y menos metafísico.

Por eso la muerte se estudia por las ciencias sociales y otras de manera muy limitada.

Kant, el gran pensador alemán, posee una concepción dualista sobre la realidad. Por un lado la naturaleza, finita y *fenoménica*, por otro la libertad, infinita y *noúmenica* que se unen en el hombre. Dos componentes distintos cuyo origen está en Dios. Con la muerte, ambos elementos se separan y es sabido cómo en la *Crítica de la Razón Práctica*, se dan por un lado el *supuesto* de la libertad, sin el cual no es posible pensar, ni vivir un orden moral, histórico, político y social; y por otro los *postulados*: Dios y alma inmortal, que no tienen demostración objetiva, pero sí subjetiva, por cuanto el cumplimiento del imperativo categórico, exige una retribución en relación al Sumo Bien (Dios) en la otra vida (alma inmortal). De tal manera que la persona es inmortal y no se extingue con la muerte, y en la vida histórica se abre al reino de los valores.

Dualista será también el pensamiento del danés S. Kierkegaard, que pone énfasis en la finitud de la existencia humana personal e individual en orden a la Existencia Absoluta, trascendental y eterna que es Dios; y en la Encarnación de su Hijo Cristo-Jesús. Kierkegaard, inicia el existencialismo, donde frente a las concepciones totalizantes y absorbentes del idealismo alemán, que ignoran a la persona, él trata de recuperar en todo su valor al individuo ante Dios, y esto gracias al acto de Encarnación y Redención de Dios mismo en la persona de su Hijo Jesús, con todo lo que esto pueda significar de “paradójico y escandaloso” a la razón.

La muerte será el tránsito hacia la unión con Dios, sin perder su propia identidad la persona. Se privilegia en esta filosofía la existencia individual, para vincularse a la Existencia Absoluta. Se necesita reconocer el pecado y buscar la *gracia* y la *salvación*, más allá de formas eclesiales caducas, piensa Kierkegaard, dado que el alma es inmortal.

En la filosofía contemporánea del siglo XIX y XX, los dualismos tienden a poner de relevancia en el sujeto humano el elemento espiritual. Representantes de lo anterior serán en el siglo XIX las filosofías de Maine de Biran, A. Rosmini, F. Ravaisson, filósofos espiritualistas. Los tres privilegian el pensamiento en el compuesto humano.

A la tendencia espiritualista pertenecen los Neokantianos de la escuela de Marburgo: H. Cohen, P. Natorp, E. Cassirer y los de la escuela de Baden: G. Windelband, E. Rickert, tanto del siglo XIX como del XX.

En una y otra escuela, el espíritu es una especie de esencia o modo de ser que alcanza su máxima expresión en el hombre. Con la muerte ambos elementos: cuerpo y espíritu se separan. La condición del espíritu en el sujeto humano, pasa a un segundo término, su objetivación es más bien histórica, social, mundana o si se quiere cultural; más que algo trascendente y subsistente como en los espiritualistas cristianos. En similar tendencia discurre el francés Charles Renouvier.

Un dualismo con énfasis en el espíritu estaría en el siglo XX, representado por el llamado Espiritualismo Cristiano, cuyas figuras más relevantes son en Francia M. Blondel, R. Le Senne y L. Lavelle y en Italia M.F. Sciacca.

En todos ellos la muerte del hombre, no implica su destrucción total, por el contrario se accede a una nueva forma de vida singular, más perfecta, en una especie de *eterno presente*, en donde la persona conserva las estructuras esenciales de su ser transformadas. Además de presentar argumentos sobre la verdad de la inmortalidad desde la vía racional, por la fe de la Revelación cristiana, se completa la visión de estos autores sobre el tema.

Caso diferente será el de los Neo-idealistas como Gentile, Croce, A. NorthWhitehead, más cercanos a un monismo de tipo platónico, y en los cuales lo único inmortal son ciertas ideas, conceptos, esencias o estructuras que subyacen en la realidad. La inmortalidad no es del individuo, sino del elemento llamado espíritu.

Es también evidente que filósofos realistas como M. Scheler y N. Hartmann pondrán énfasis en el ser ideal (valores) como en el ser real. Para N. Hartmann no es posible ningún tipo de inmortalidad singular, lo que permanece es el espíritu (ser ideal) y su correlato el mundo-hombre (ser real). El hombre participa de esa dualidad sin aspirar, desde luego, a ningún tipo de inmortalidad personal después de la muerte.

En cuanto a Max Scheler, su concepto de hombre y sus elementos cristianos (católicos), le hacen fluctuar entre la admisión de la inmortalidad para la persona y en otras etapas de

su pensamiento, casi al final de sus días, en una especie de inmortalidad impersonal y abstracta. Sin embargo, no descarta algún tipo de supervivencia de carácter psíquico-espiritual en su obra *Muerte y Supervivencia*.

En el existencialismo cristiano tipo el de G. Marcel, N. Chestov, N. Berdaiev e incluso el de M. Unamuno, la dualidad del compuesto humano, se unifica en la existencia individual. Dios es una realidad independiente. El hombre es inmortal, como unidad de existencia singular y personal, que con la muerte no se disuelve en los elementos materiales del mundo, sino que los trasciende.

El personalismo cristiano con las figuras de E. Mounier y J. Lacroix, estima que es la persona el punto de unión o confluencia de ambas realidades: la materia y el espíritu, la sobrevivencia después de la muerte sólo es posible pensarla en función de esa unidad suprema. Aquí el concepto de inmortalidad se desplaza, más que a uno o varios de los elementos del compuesto humano; a su punto de unidad, la llamada: *persona*, no la personalidad, aunque ésta se ancle en aquella. La persona es inmortal, como centro de unión de los diversos elementos que se transforman con la muerte. Esto gracias a la fe y el sentimiento y no a una demostración racional.

Los neotomistas o seguidores de las tesis de Aristóteles y Sto. Tomás de Aquino, en épocas posteriores a la existencia de aquellos, defienden el dualismo metafísico, con las tesis fundamentales de un Dios Creador, completamente distinto del mundo y del hombre. Este último es semejante a Dios (analogía de atributo y proporción) y fue creado de la nada, al igual que el mundo físico y otros espíritus. El hombre es un compuesto de cuerpo y alma, ésta última es *forma sustancial*, que en la muerte se separa del cuerpo. Por su naturaleza es incorruptible, no eterna y sobrevive al sujeto. Por vía de razón no se puede demostrar la inmortalidad del cuerpo. Sin embargo, por la fe y la Resurrección de Cristo, se admite la Resurrección del hombre (de su cuerpo y alma) al final o consumación de los tiempos. El hombre se *transfigura* en su parte corporal y espiritual al llegar al reino de la beatitud en Dios.

Figuras notables de esta corriente han sido en el pasado J. Balme, D. Mercier y más cercanos a nosotros M. Grabmann, E. Gilson, J. Marechal, R. Garrigou-Lagrange A. Sertillanges, J. Maritain, J. Zaragüeta Bengochea, entre otros muchos.

Conclusión

En este ensayo la finalidad es dar al lector interesado algunas pistas para una mejor comprensión del tema de la muerte desde la perspectiva filosófica, en particular de su trasfondo metafísico que sustenta las tesis y opiniones de pensadores de diferentes corrientes, a lo largo de dos milenios y medio de reflexión.

Se trata de una síntesis que ayude al lector a buscar más las fuentes de los autores citados. Se pretendió clarificar los supuestos últimos de las diversas visiones para señalar los alcances de cada filosofía. Alcances, que están ya fijados desde el punto de partida, es decir, desde las bases metafísicas por las cuales un filósofo ha optado al hacer sus planteamientos y respuestas a un problema. Estos supuestos, son los principios que guían la exploración del estudioso, sin que tales principios sean objeto de una demostración plena y satisfactoria para todos. Por eso se trata de la dimensión metafísica —no por esto menos legítima que otras—, del especular humano frente a variados modelos o paradigmas epistemológicos. La razón o argumento último, es que ante determinados problemas —como el de la muerte— la persona se ve obligada —cuando menos—, a otorgarle un sentido o significado para su vida, poniendo en juego todas sus facultades y su existencia como unidad ante el horizonte del misterio.

MEDICALIZACIÓN Y DISPONIBILIDAD DEL CUERPO EN LA CULTURA CONTEMPORÁNEA

María Lucrecia Rovalletti
CONICET - UBA

...*"parler du corps dans les sociétés occidentales aujourd'hui, c'est susciter l'évocation du savoir anatomo-physiologique sur lequel s'appuie la médecine moderne"* (Le Breton)¹

El cuerpo como escenario social

Se dice que la nuestra es una "cultura del cuerpo". Pero aquello que nosotros llamamos cuerpo, no es otra cosa sino lo que tradicionalmente nos "representamos" por cuerpo, y que por tanto trasciende a todos los comportamientos ingenuamente considerados naturales.

En primer lugar, el cuerpo al perder las prerrogativas de nuestra voluntad, se convierte en *escenario de nuestros conflictos*, donde juegan las dimensiones ocultas y las vivencias invisibles de la "novela corporal".

En segundo lugar, el cuerpo como *construcción social*, es producto de la "dependencia" de los enclaves sociales a través de sus hábitos corporales². Así cada grupo cuida su cuerpo de un modo particular en el orden de la vestimenta, la estética, la salud...

Como *construcción simbólica*, la representación del cuerpo y los conocimientos que a él refieren son entonces tributarios de un estado social, y con ello de una visión del mundo que traduce una definición precisa del hombre. Ahora bien, la incidencia actual de la medicina no sólo en el tratamiento y asistencia médica, sino también en la